

EL CHEF RÚSTICO y las gallinas ampurdanesas

EN LA TIERRA DE EL BULLI DESCUBRÍ QUE "EL CHEF EN CASA" SE INVENTÓ AQUÍ HACE MUCHO TIEMPO, EN VERSIÓN AUTÓCTONA Y POPULAR. ENTRE CASTILLOS SURREALISTAS Y CALAS AZULES, ENCONTRÉ OTROS BALUARTE DE LA GASTRONOMÍA TRADICIONAL QUE FLASHAERON A PROPIOS Y EXTRAÑOS.

Por Elena Butragueño

El Mediterráneo es así, tan pronto se abren los cielos como sopla la tramontana y luce ese sol tan dorado que ilumina el Ampurdán. Cuando bajé del avión llovía a gusto y a rachas, pero me importó poco porque mi primera parada era el Mas de Torrent, un relais & château en una masía del siglo XVIII, decorada con muebles antiguos y con un buen restaurante gastronómico. Un lugar de refinamiento y relax en una finca ajardinada. En la parte más alta, integrado en la espesura que lo rodea, su spa recién inaugurado ocupa un moderno edificio de madera muy transparente. Protegida en su interior: intimidad y vistas, cultura y tratamientos orientales. Y en la cumbre, como un trampantojo, en la piscina climatizada parece que estás nadando en medio del bosque.

Como por ensalmo, al día siguiente cesó el viento y el Bajo Ampurdán invitaba a echarse al campo, tan ordenado, con sus vallas de cipreses y las pacas de paja como círculos perfectos, entre rectángulos de amapolas. Un paisaje impresionista sembrado de pueblos medievales, que siguen comunicados por pequeñas carreteras vecinales. En ese dulce laberinto es fácil orientarse. Recortados en el horizonte, el Montgrí con un castillo en la cima y el faro de San Sebastián son dos guías infalibles que se ven desde todas partes.

Así llegué a Can Casadellá, cruzando el río Daró por un paso que se anega cuando sube el caudal, en busca de una raza autóctona de gallinas, de cuya existencia la mayoría de los ampurdaneses no tiene ni idea. Al oír el motor del coche, Martí Casadellá emerge de sus corrales, alto y aparente a sus 61 años. Fornido y campechano, cubre su cabeza con la típica barretina pero hecha de punto, como un calcetín colorado. Si no lo veo, no lo creo y el caso es que le favorece, se ve que forma tan parte de sí como su pelo rizado. Martí, todo un personaje y un poco poeta, me enseña sus gallinas con pasión. Primero las ampurdanesas, que son grandotas y vistosas y no digamos los gallos, "hace más de 100 años que están aquí, son las hijas de las nietas de las que tenía mi abuela. Se caracterizan por el color rojizo muy intenso de sus huevos, que son muy compactos. Cuando se fríen se parecen al

